

Provenza para reemplazar á Mr. de Calonne, que se habia hecho odioso á los emigrados, insistia enérgicamente por obtener el reconocimiento de los derechos del conde de Provenza á la administracion del reino reconquistado. La Prusia favorecia esta ambicion del príncipe por esplotar un reinado ideal. El emperador, por insinuacion secreta de María Antonieta, su hermana, que temia la dominacion de sus cuñados, se resistia á declarar de hecho la suspension del rey, cuya autoridad desconocida por sus vasallos iba á restaurar. En las conferencias á que asistieron el rey de Prusia, el duque de Brunswick, el príncipe de Hohenlohe y el príncipe de Nassau no resolvieron nada.

La noticia del 10 de agosto llegó en fin al cuartel general de los coaligados. En vano el duque de Brunswick quiso contemporizar todavía; el ascendiente del rey de Prusia violentó su indecision. «Si no podemos llegar á tiempo para salvar al rey, exclamó en el consejo de guerra, marchemos á lo menos para salvar al trono.» Al otro dia, el ejército se puso en marcha; el 19 de agosto despues de haber andado cuarenta leguas en cinco dias, atravesó la frontera y se acampó en Tiercelet, en donde se operó su reunion con el cuerpo austriaco del general Clairfayt.

A este paso decisivo, el duque de Brunswick dudó de nuevo, y habiendo pedido la celebracion de otro consejo general, representó al rey que auguraba mal de una guerra de invasion emprendida en el corazon de un pais cuya energia insurreccional llegaba hasta aprisionar al rey y asesinar á sus guardias. «¿Quién sabe, añadió, si nuestra primera victoria será la señal para la muerte del rey?» Federico Guillermó afirmó en su resolucion por los consejos del conde de Schulenburg, su ministro, y por los gefes emigrados, deseosos de volver á su patria, acoció con un disgusto visible la eterna circunspeccion de su general. «Por cruel que sea la situacion de la familia

real, dijo, los ejércitos no deben retrogradar: deseo con toda mi alma llegar á tiempo para libertar al rey de Francia; pero ante todo, mi deber es salvar á la Europa.»

XII.

El 20, el ejército atacó la fortaleza de Longwy. El bombardeo principiado en la noche del 21 é interrumpido por una tempestad en que el fuego y los torrentes de agua que caian del cielo apagaron el de los sitiadores, empezó de nuevo á la mañana siguiente. Trescientas bombas que cayeron en la plaza y algunas casas que se incendiaron, determinaron al gobernador Lavergne á una capitulacion que comenzaba la campaña por una deshonra. La desercion de La Fayette, anunciada al mismo tiempo á los coaligados, llenó sus corazones de doble alegria. Si el duque de Brunswick se hubiese aprovechado de este fervor del ejército y de esta muestra de la fortuna para operar con prontitud en la frontera central, nada podia detenerlo hasta los muros de París. Dejando algunos miles de hombres al frente de Thionville, podia arrojarse con una masa imponente sobre el ejército de La Fayette, privado de su general y no regido aun por la mano de Dumouriez: este ejército desorganizado y sofocado por el número, tenia que sucumbir infaliblemente; podia tambien apoderarse antes que Dumouriez de los desfiladeros de Argonne, única barrera natural que hay entre el Marne y caer sobre la capital antes que el patriotismo de los departamentos la hubiese cubierto con un muro de voluntarios. El duque de Brunswick no tomó ni el uno ni el otro de estos dos partidos, no hablando sino de prudencia y de probaturas en el momento en que la única prudencia era ser temerario. O el duque de Brunswick fué engañado por su talento, ó engañó á la causa

que los reyes de Europa le habían encomendado. El mitigó el ardor de Federico Guillermo á fuerza de oponerle obstáculos, perdiendo diez dias en esperar refuerzos como si no tuviese bastante con setenta y dos mil hombres para atacar á diez y siete mil, esparcidos en débiles destacamentos sobre una línea de quince leguas que hay desde Sedan á Sainte-Menehould. Todo fué pretestar motivos para amortiguar su propio ejército. El rey de Prusia, vacilante entre su respeto por la antigua gloria militar de su generalismo y la evidencia de sus faltas, rehusó por mucho tiempo reconocer que el corazón del duque de Brunswick detenía su brazo y que atacaba con disgusto una causa que la había ofrecido y aun le ofrecía una corona. ¿Veía acaso el duque la eventualidad de esta corona como premio de sus miramientos con la Francia revolucionaria? Su actitud dió margen á tal sospecha y su retirada la confirmó.

Las causas naturales son insuficientes para explicar tanta debilidad ó tanta complicidad.

XIII.

Durante estos diez dias, Verdun sucumbió, pero Dumouriez había creado en los desfiladeros del Argonne unas trincheras y un ejército mas inespugnable que las guarniciones y las murallas de que el enemigo se apoderaba á fuerza de tiempo. El ejército coaligado no compareció hasta el 30 de agosto sobre las alturas del monte de San Miguel que domina á Verdun. El rey de Prusia y el duque de Brunswick ocuparon á Grand-Bras sobre la orilla derecha del Meuse por bajo de la ciudad. Verdun estaba débilmente fortificado, pero era capaz de resistir un cierto tiempo un sitio. Tenía una guarnicion de tres mil quinientos hombres mandados por el coronel Beure-

paire, oficial valiente y patriota, digno de los tiempos antiguos.

El bombardeo principió el 31 é incendió muchos edificios: la plaza contestaba mal al enemigo: las piezas no tenían suficiente dotacion de artilleros, ni cureñas de reposito; la poblacion era realista y temía el asalto; el rey de Prusia ofreció una suspension de armas de algunas horas y la plaza la aceptó.

Un consejo de defensa compuesto de habitantes y magistrados civiles á los que la Asamblea legislativa había confiado la autoridad suprema en las poblaciones declaradas en estado de sitio, se reunió. Este consejo de guerra decidió que la ciudad no estaba en estado de resistir. Beaurepaire y sus principales oficiales, en cuyo número se contaban los juvenes tenientes que despues fueron los generales Lemoine, Dofour y Marceau, nombres famosos que en nuestras guerras futuras se opusieron en vano á una capitulacion prematura. Convenian en que la plaza no podía sufrir un largo sitio, pero al menos quería que cayese con honra: el consejo se precipitó en el oprobio, y la capitulacion quedó decidida.

Beaurepaire rechazando la pluma que le presentaban para firmar «Señores, dijo, he jurado entregar mi cadáver á los enemigos de mi patria; sobrevivid á vuestra vergüenza si podeis, en cuanto á mí, fiel á mis juramentos, ved aquí mi última resolucion. Yo muero libre, lego mi sangre en oprobio á los cobardes y en ejemplo á los valientes.» Al concluir esta palabra salió de la habitacion y se tiró un pistoletazo en el pecho.

Este acto de heroísmo ni aun avergonzó á los miembros del consejo. Hicieron quitar de allí el cadáver y firmaron la rendicion de Verdun. Las jóvenes de las principales familias de la ciudad ataviadas con sus mejores trages fueron provisionalmente á arrojar flores al rey de Prusia á su entrada en la ciudad. Este erimen disculpable por la edad, el sexo y la inocencia, las condujo des-

pues al cadalso. La guarnicion salió con los honores de guerra. Un furgon tirado por caballos negros y cubierto con una bandera tricolor en vez de paño mortuario, condujo el cuerpo de Beaurepaire que los soldados no quisieron dejar en poder de sus enemigos. La Asamblea legislativa concedió honores fúnebres á Beaurepaire y su corazon se depositó en el panteon. El jóven Marseau cuyo elocuente enojo había protestado contra la capitulacion se hizo acreedor á la admiracion pública, había perdido este al salir de Verdun, sus armas sus caballos, y su equipage «¿Qué quieres que la nacion te dé, le preguntó un representante del pueblo, comisionado en el ejército de Dumouriez? «Mi sable» respondió lacónicamente Marseau.

XIV.

La noticia de la fuga de La Fayette, de la entrada del ejército coaligado en el territorio, la toma de Longwy y la capitulacion de Verdun, resonaron en París como un trueno, y la consternacion se veia pintada en todos los semblantes. Teniendo á los estrangeros a seis jornadas de la capital, la traicion en el ejército, la cobardia en las ciudades, el espanto en las campiñas, la alegría secreta en el corazon de los cómplices de los conjurados; con un gobierno trastornado, una Asamblea disuelta, una catástrofe en un interregno y una guerra estrangera en una guerra civil, nunca la Francia había estado mas próxima á los dias siniestros que presagian la disolucion de las naciones. Todo estaba muerto para ella menos la voluntad de vivir. Solo el entusiasmo por la patria y por la libertad la sostenia. Abandonada por todos, ella no se abandonó á sí misma, no le faltaban mas que dos cosas para salvarse, que eran el tiempo y la dictadura. ¡El tiempo! Dumouriez se lo dió. ¡La dictadura! Danton la

tomó bajo el nombre del ayuntamiento de París. Todo el intervalo que medió desde el 10 de agosto al 20 de setiembre Danton fué el único gobierno. Dominando al ayuntamiento, sujeto servilmente á él, fomentaba y dirigia las voluntades y llevaba al consejo de ministros la omnipotencia que tomaba en la casa de la ciudad. Hablaba como otro Mario, que no queria ver en sus colegas mas que instrumentos de su voluntad. El filósofo Roland, el hacendista Claviere, el géometra Monge, el diplomático Lebrun y el militar Servan, carecian del talento, de la emocion y de la perversidad de las crisis en que su ambicion los había arrojado. Danton era el único hombre de Estado del poder ejecutivo; tambien era su única voz. Ninguno de estos hombres de pluma, envejecidos en las cancellerias ó en las secretarías sabian el idioma acentuado de las pasiones. Danton lo había aprendido en su larga práctica de sediciones y motines: el pueblo conocía su voz y alborotaba ó calmaba al populacho con un gesto. Aterraba á la Asamblea y hablaba menos como ministro que como mediador que protege y reprende. Sus consejos eran órdenes. Apoyándose en su popularidad proponia en términos fulminantes, oscuros y breves sus plebiscitos en la barra, y se apresuraba á volver al misterio de sus conciliábulos, á las intrigas de sus agentes ó á las juntas secretas de la municipalidad. El aturdimiento que impuso por su superioridad se revelaba en todo; la precision de su talento, la energia de su patriotismo, el vigor de sus consejos y el volcan de su alma ponian á los partidos bajo su dependencia. Poseyendo los hilos de todas las tramas, las hacia obrar, tan pronto mostrando como tan pronto ocultando su mano. No se desdeñaba tampoco disfrazar su desprecio por Roland. El ponía la vista y la mano en la administracion de todos sus colegas: dirigia la guerra, la hacienda, el interior y las negociaciones sordas con el estrangero. Roland murmuraba en secreto y se quejaba con su muger de la

insolencia y de la universalidad de atribuciones que afectaba Danton: humillado por la supremacía de su colega y espantado de sus instintos, conocía que el 10 de agosto huía de las manos de su partido; y que en vez de darse un auxiliar en la persona de Danton, los girondinos se habían dado un dueño. Roland cedió por lo tanto, esperando levantarse en la próxima Asamblea, y se cedió solo á los pormenores puramente administrativos de su ministerio del Interior, consolándose de este padel desairado en sus confidencias con Brissot, Guadet y Vergniaud.

XV

Danton, sin embargo, no descuidaba nada para unir el poder de la seducción á la timidez de Roland, tratando de complacer á su muger, conociendo el ascendiente que tenía con su marido. Madama Roland veía con la repugnancia delicada é instintiva de su sexo la presencia de Danton en el poder ejecutivo. Este tribuno sin gracia, sin moralidad y sin principios, era, según ella, una concesion hamillante de los girondinos al miedo. «¡Es una vergüenza, les decía á sus confidentes, que el consejo se manche con Danton, cuya fama es tan mala!—¿Qué queréis! le respondió Brissot, es necesario tomar la fuerza en donde se encuentre.—¿Mas hubiera valido, replicó ella, no investir del poder á semejantes hombres, ya que no es fácil impedirles que abusen de él!

Ella soñaba en un consejo de ministros compuesto de republicanos firmes, moderados é incorruptibles, tales como los había leído en Plutarco. Veía en lugar del talento y virtud antigua, la complacencia de Monge que temía á cada mirada de Danton ser denunciado por él á la sospecha de la municipalidad: la indiferencia de Servan por todo lo que no era de la competencia del minis-

terio de la Guerra; la medianía de Lebrun y la turbulencia é inmoralidad de Danton. Recibía, sin embargo, en su casa las visitas del jóven ministro al principio de su ministerio. á veces antes de la hora del consejo, que Danton retardaba para tener tiempo de hablar con ella, y á veces en convites de intimidad, en donde reunía algunos amigos para hablar de los negocios públicos. Danton llevaba ordinariamente consigo á Camilo Desmoulins y á Fabre de Eglantine. La conversacion de Danton respiraba patriotismo, abnegacion y ardiente deseo por la concordia con sus colegas. Sus palabras, el eco de su voz, el acento de sinceridad, y por decirlo así, la serenidad de su entusiasmo, ilusionaban por un momento á madama Roland, creyendo que la mala fama que tenía este hombre, era una calumnia, y que verdaderamente poseía las virtudes salvages de la libertad. Pero cuando miraba su cara se reprendía á sí misma tanta indulgencia, no pudiendo combinar la idea de la hombría de bien con semejantes facciones. «Yo no he visto nada, decía ella hablando del rostro de aquel hombre, que caracterice tan completamente el arrebató de las pasiones brutales y la audacia mas desenfrenada bajo la afectacion de la franqueza, de la jovialidad y del buen genio. Mi imaginacion que es aficionada á señalar un papel á cada personaje, me representa continuamente á Danton con un puñal en la mano, escilando con la voz y la accion á una tropa de asesinos, mas tímidos ó menos feroces que él; ó bien satisfecho de sus maldades, entregado como otro Sardanápalo á las únicas voluptuosidades en las que su alma descansa de sus crímenes.»

Apenas elevado al poder por la catástrofe del 10 de agosto, Danton abandonó su papel de agitador, y se mostró á la altura de la crisis. Se atrajo por su liberalidad todas las ambiciones subalternas sedientas, de oro y crédito, que había escitado largo tiempo en los clubs, haciéndose un partido de todos los hombres ambiciosos y

sedientos de riquezas. Venal, y conociendo el poder de la venalidad, se valia de cualquier medio sin vergüenza, organizando la corrupcion entre los patriotas. No contento con cien mil francos señalados para gastos secretos a cada ministerio el 11 de agosto, se apoderó sin dar cuentas de la cuarta parte de dos millones de gastos secretos que la Asamblea votó al poder ejecutivo para negociar en los gabinetes extranjeros, y para disponer el espíritu público, obligando á Lebrun y á Servan á entregarle una parte de los fondos destinados á sus ministerios. Envio á los ejércitos comisionados pagados con estos fondos, y escogidos entre los hombres del ayuntamiento mas vendidos á sus intereses. El tesoro público pagaba á estos prócsules de Danton.

XVI.

La rivalidad de poderes que habia principiado en la noche del 9 al 10 de agosto, entre la Asamblea moribunda y el ayuntamiento, proseguia y se caracterizaba mas y mas á cada momento. La Asamblea, único poder legal, y el solo resto que habia quedado de la constitucion, trataba de atraer al pueblo despues de la crisis al sentimiento de la legalidad y del respeto constitucional á la autoridad de los representantes de la nacion. Quería esta gobernar en adelante con las leyes. El consejo general del ayuntamiento, producto de un motin y de una usurpacion, queria perpetuar en sí el derecho de insurreccion, atraerse todo el poder ejecutivo, y servirse solamente de la representacion nacional para que redactase en decretos los mandatos absolutos de la capital. Cada sesion atestiguaba este deseo. Así que los comisionados llevaban á la Asamblea una nueva exigencia del ayuntamiento, algunas voces enérgicas resistian la usurpacion

de los poderes. Otras voces, intimidadas ó cómplices, demostraban la urgencia del decreto que se proponia, y todo concluia por un acto de obsequiosa servilidad á la voluntad del ayuntamiento, ó por una de esas medidas equivocadas que ocultan un vasallage real, bajo la apariencia de una transaccion. Por miedo de aparecer vencidos los diputados, se hacian cómplices de la municipalidad.

El ayuntamiento pidió imperiosamente la creacion de un tribunal ejecutivo que juzgase sumariamente á los enemigos del pueblo y á los cómplices de la corte. Brissot y sus amigos, temieron poner en manos del pueblo semejante instrumento de tirania, y resistieron algunos dias á esta súplica. Redactaron, pues, una proclama, inclinando los animos hácia los principios de justicia, de humanidad y de imparcialidad, y en la que se reclamaban para garantías las vidas de todos los ciudadanos ante los tribunales Choudieu y Turiot, aunque jacobinos, se opusieron con energía á la creacion de este tribunal de venganza. «Adoro la revolucion, exclamó Turiot, pero declaro, que si esta no puede triunfar sino por un crimen, la dejaré perecer antes de mancharme por salvarla.» La conciencia de Turiot le revelaba la verdadera salvacion de las revoluciones. El crimen es la única política de los asesinos. El verdadero genio es siempre inocente, porque es la suprema inteligencia.

El ayuntamiento insistia y amenazaba; «¡ciudadanos! dijo un orador de aquella corporacion en la barra de la Asamblea, el pueblo está causado ya de que no se le haya vengado! ¡Temed que se haga justicia por sí mismo! ¡Os anuncio, que á media noche, sonará la campana y se tocará generala! ¡Queremos que se nombre un ciudadano por cada seccion para formar un tribunal de sangre, y que este tribunal se sitúe en el palacio de las Tullerías, á fin de que la venganza estalle en donde se ha tramado el crimen! ¡Pido que Luis XVI y Maria Antonieta, tan ávidos de la sangre del pueblo, se sacien viendo derra-

mar la de sus infames satélites!—; Si antes de tres horas los jurados que pedimos, añadió otro orador, no están en estado de obrar, grandes desgracias caerán sobre vuestras cabezas!» Herault de Sechelles, á nombre de la comisión extraordinaria, respondió pocos momentos despues á esta intimación con la lectura de un decreto que institua un tribunal encargado de juzgar los crímenes del 10 de agosto. Robespierre fué nombrado presidente de este tribunal. El se negó á serlo, ya por horror al derramamiento de sangre, ya por desdenar una magistratura que no correspondia á la elevación de sus presentimientos.

XVII.

La guardia nacional, que se habia hecho odiosa á unos, y sospechosa á otros, fué reorganizada en sentido popular, tomando el nombre de secciones armadas. Se destinó á cada compañía de estas secciones armadas un número ilimitado de jornaleros y proletarios, provistos de picas: guardia pretoriana del ayuntamiento, pagada por él, y enteramente á su obediencia, encargada con particularidad de vigilar á los ciudadanos de las secciones.

No satisfecho aun el ayuntamiento con la creación de un tribunal sanguinario, pidió en la sesión del 25 de agosto, que los presos de Orleans, fuesen trasladados á París, para que sufriesen el suplicio correspondiente á sus delitos. Algunos federados de Brest con armas, acompañaron este dia á los comisionados del ayuntamiento. Uno de estos, amenazó á la Asamblea con la venganza popular si no se les dejaba derramar la sangre de los presos. Lacroix, amigo de Robespierre y de Danton, y jacobino fanático, pero diputado valiente, presidia la Asamblea. «La Francia entera, respondió con indignación á los comisionados del ayuntamiento, tiene fijos los ojos en

la Asamblea nacional: nosotros seremos dignos de ella. Las amenazas, no producirán otro efecto que el de resignarnos á morir en nuestro puesto. No nos pertenece el derecho de cambiar la Constitución. Dirigid vuestras peticiones á la Convención nacional, porque solo ella puede cambiar la organización del tribunal de Orleans: hemos hecho nuestro deber, y si nuestra muerte es la última prueba necesaria para persuadiros de ello, el pueblo con que nos amenazais, puede disponer de nuestras vidas. Los diputados, que no han temido á la muerte cuando los satélites del despotismo amenazaban al pueblo, y que han participado en él de todos los peligros que ha corrido, sabrán morir en sus puestos; ¡Id á decirlo así á los que os han enviado!» Esta resistencia generosa de Lacroix, amigo de Danton, hizo suponer que este ministro resistía aun á las instigaciones de Marat y de su partido que lo indujo á cometer los crímenes de setiembre. Así, despues de catorce dias de un triunfo conseguido en común sobre el trono, la Asamblea estaba reducida á disputar al ayuntamiento y al pueblo la provocación del asesinato. Al otro dia, dió el decreto de deportación de todos los sacerdotes que habian rehusado ó retractado el juramento á la constitución civil del clero.

XVIII.

La toma de Longwy, suspendió por un momento la lucha entre la Asamblea y el ayuntamiento, y sustituida por una rivalidad generosa por sacrificarse para salvar la patria, Jacobinos, girondinos y franciscanos, votaron á porfía los alistamientos extraordinarios de tropas, y la construcción de armas, equipos y artillería reclamado por las circunstancias. Un clamor de indignación general se levantó contra el gobernador de Longwy, Vergniaud pro-

puso la pena de muerte contra todo ciudadano de una poblacion sitiada que hablase de rendirse. Luckner fué reemplazado en el ejército de Metz por Kellermann.

Kellermann, apasionado por la carrera militar y por la libertad, habia adquirido sus grados en las guerras de los siete años. Joven entonces, habia aprendido en Alemania de la esperiencia de los antiguos capitanes, y tomado las lecciones de Federico. La revolucion le habia encontrado coronel, y le habia hecho general. Destinado al ejército de Luckner, se habia adquirido el aprecio de sus tropas. Las dudas del general en jefe en hacer prestar el juramento á la nacion, le habian hecho sospechoso, y fué destituido. Kellermann rehusó el mando del ejército de Luckner, su antiguo jefe y amigo, si no se concedia al viejo general el grado de generalísimo. La Asamblea, admirada de tanta generosidad, y convencida de la inocencia y nulidad de Luckner, le concedió en efecto el grado, y le envió á Chalons á gozar de un título puramente honorífico, y á organizar los batallones de voluntarios que iban allí de todos los departamentos del ejército.

Mientras que Danton daba al gobierno el vigor de su actividad, Robespierre, no tan dueño como aquel del consejo del ayuntamiento por un suceso del cual no habia participado, empezó á levantar la voz despues de la batalla como para esplicar su sentido y sus consecuencias al pueblo. «La nacion francesa ha llegado, escribia, á un punto de calamidad pública en que las naciones, asi como los individuos, no tienen sino un deber que cumplir, que es el de proveer á su propia existencia. Levantada como en 89, pero con mas orden y magestad aun que en aquel año, ha ejercido con mas serenidad su soberania para asegurar su salvacion y su felicidad. En 89, una parte de la aristocracia la ayudó: en 92, no ha tenido mas que á si misma para salvarse.» En seguida, refiriendo la jornada, reasumió así su opinion sobre las consecuencias del 10 de agosto. «La Asamblea ha suspendido al rey,

pero no se ha atrevido á mas: no es la suspension, sino la supresion lo que debia pronunciar. Debia cortar esta cuestion cuya solucion nos prepara dificultades y lentitudes. En lugar de esto, nos habla de nombrar un ayo al príncipe real. ¡Franceses, pensad en la sangre que se ha vertido! ¡Acordaos de los prodigios de justicia y de valor que os colocan á la cabeza de todos los pueblos de la tierra; acordaos de los principios inmortales que habeis tenido la audacia y la gloria de proclamar los primeros alrededor de los tronos para hacer salir al género humano de las tinieblas y de la servidumbre! ¡Qué comparacion hay entre esta mision sublime y la eleccion de un ayo para educar al hijo de un tirano!

«¡Pero vez ya en marcha á la mas hermosa revolucion que ha honrado á la humanidad! la sola que tiene un objeto digno del hombre, cual es el de fundar sociedades políticas sobre los principios divinos de la igualdad, de la justicia y de la razon; ¿qué otra causa podia inspirar al pueblo el valor sublime y sereno y engendrar prodigios de heroismo iguales á todo lo que la historia nos cuenta de la antigüedad? ¡Ya el sacudimiento que ha derribado un trono, ha estremecido todos los demas! ¡Franceses, sed firmes y estad alerta! ¡Es necesario que sucumban los reyes ó vosotros tendreis que sucumbir! ¡Romped, pues, los últimos eslabones de la cadena del cetro! Debeis al universo y á vosotros mismos la mejor Constitucion posible. Llamad á la Convencion hombres puros ajenos á las intrigas y á la cobardia que son las virtudes de las cortes! ¡Estais en guerra ademas con todos vuestros opresores y no encontrareis la paz sino en la victoria y en el castigo de todos los satélites de la tirania!» Esta fué la llamada para las elecciones que se aproximaban.

XIX.

En cuanto á Petion, objeto del culto platónico de los comisionados del nuevo ayuntamiento que le llamaban el *padre de la patria* no apareció sino de vez en cuando en la barra de la Asamblea para justificar con una voz complaciente las usurpaciones de aquel cuerpo insurreccional. La sonrisa hipócrita que mostraban siempre sus labios, ocultaba mal los sinsabores que experimentaba en el corregimiento. El era la prenda del pueblo en la casa de la ciudad. El verdadero corregidor entonces era Danton. Este estaba siempre presente en las sesiones permanentes del cuerpo municipal, desconfiaba la Asamblea por el ayuntamiento con el que concertaba todas las medidas de gobierno siendo él su poder ejecutivo. Para darle la dirección, la unidad y el secreto necesarios á una reunión de hombres de acción, y para hacer prevalecer en sesión general las resoluciones acordadas entre él y sus confidentes, había dividido, de concierto con Marat, el ayuntamiento en distintas comisiones. Estas deliberaban y obraban aisladamente, siendo el tipo de las que concentraron despues el gobierno en la Convencion. La Convencion soberana era la de *vigilancia general*, que compuesta de un corto número de hombres sucesivamente escogidos y depurados por Marat y por Danton, sujetaba á las demas comisiones. Atribuyéndose todos los poderes, traspasaba todos los decretos de la Asamblea. citando á su presencia á los ciudadanos, poniéndolos presos y llenando con ellos las cárceles: ejercia la policia general del imperio, disciplinaba y perpetuaba en sí misma la insurreccion y era una conjuracion permanente, modelo de la institucion tiránica que se llamó despues comision de *Salvacion pública*. Danton, apoyándose á la vez en su poder legal de ministro de la Justi-

cia, en el poder ejecutivo, y en su omnipotencia popular en la comision de vigilancia del ayuntamiento, daba á sus disposiciones la fuerza de la insurreccion, y á esta la fuerza de la ley.

Este era el consulado de Catilina; nada podía resistirle; si aquel hombre soñaba un crimen, se convertia en un acto del gobierno. Cuando él no lo meditaba, toleraba al menos que se preparase ocultamente alrededor de sí. Renovó ex-profeso los miembros de la comision para que en el momento de la ejecucion no hallase en la conciencia de uno solo de aquellos hombres, mas escrúpulo ni mas dudas que en la suya propia. Desde el 29 de agosto ya dió á conocer algunos sintomas significativos de sus ideas ante la Asamblea nacional.

XX.

Esto fué en la sesion de la noche. La Asamblea, conmovida por las malas noticias de la frontera, trataba de adoptar medidas sobre medidas para igualar los sacrificios con los peligros. Las proposiciones se sucedian á las proposiciones. Vergniaud, Guadet, Brissot, Gensonné, Lasouvre, Chambon y Ducós, querian, golpeando la tribuna con el pie, hacer salir de allí legiones de defensores de la patria. Se votaron hombres, caballos, armas y requisiciones de todas clases; Danton entró en el salon seguido de sus colegas, y subió á la tribuna con la actitud de un hombre que lleva un remedio á tantos males en su cabeza. El silencio de la esperanza se estableció al verde.

«El poder ejecutivo, dijo, me ha encargado de hablar á la Asamblea nacional de las medidas que ha tomado para la salvacion del imperio. Yo motivaré estas medidas como ministro del pueblo y como ministro revo-

lucionario. El enemigo amenaza al reino, pero el enemigo aun no ha tomado á Longwy. Se exageran nuestros reveses; no obstante, los peligros son grandes. Es necesario que la Asamblea se muestre digna de la nacion que representa. Por una convulsion hemos destruido el despotismo y solo por una gran convulsion nacional, haremos retrogradar á los déspotas.

«Hasta aquí hemos hecho la guerra simulada de La Fayette, ahora es preciso hacer una guerra mas terrible. ¡Aun es tiempo de impulsar al pueblo á precipitarse en masa sobre sus enemigos! Se han tenido hasta este momento cerradas las puertas de la capital, y se ha hecho bien; es muy importante apoderarse de los traidores, pero hay treinta mil de estos que prender, y es necesario que esto se tenga mañana, y que mañana mismo Paris se comunique con la Francia entera. Pedimos que nos autorizéis para practicar visitas domiciliarias. ¿Qué dirá la Francia, si Paris estupefacto aguarda inmóvil la llegada de los enemigos? El pueblo francés ha querido ser libre y lo será.» El ministro calló. La Asamblea se aturde y el decreto pasa. Danton salió inmediatamente y voló al consejo general del ayuntamiento preparado á la obediencia por sus confidentes, y pidió al consejo que decretase inmediatamente la medidas necesarias al golpe de Estado nacional, en que el poder ejecutivo reasumia toda la responsabilidad del hecho. En seguida se publicó el siguiente bando: «Al toque de las cajas que se oirá todo el día de mañana, todos los ciudadanos estarán obligados á permanecer en sus casas. La circulacion de carruages se suspende hasta las dos de la tarde. Las secciones, los tribunales y los clubs, serán invitados á no celebrar sesiones por no distraer la atencion pública de las necesidades del momento. Por la noche las casas estarán iluminadas. Algunos comisionados elegidos por las secciones y acompañados de la fuerza pública, penetrarán en nombre de la ley en todos los domicilios de los ciudada-

nos. Cada uno de ellos declarará y entregará las armas que tuviese. Si fuese sospechoso se harán pesquisas mas rigurosas; si falta á la verdad será preso. Todo particular que se encuentre en otro domicilio que no sea el suyo, se le declarará sospechoso y será preso. Las casas deshabitadas ó que estén cerradas serán selladas. El comandante general Santerre requerirá á las secciones armadas. Se formará una segunda linea de guardias alrededor de Paris, para detener á todo el que intentase huir. Los jardines, los bosques, y los paseos de las cercanias serán registrados. Varios botes armados interceptarán en las dos estremidades de Paris el curso del rio, á fin de cerrar todas las vias de fuga á los enemigos de la nacion.»

Decretadas estas medidas. Danton se retiró á la comision de vigilancia del ayuntamiento para dar las últimas órdenes á sus cómplices. La comision habia sido renovada y la presidia Marat. Este no era comisionado por ninguna seccion, pero el consejo general le habia concedido el favor escepcional de que pudiese asistir á las sesiones por derecho de patriotismo y le habia votado una tribuna de honor en su recinto, para dar al pueblo cuenta de sus deliberaciones. Los otros miembros eran Panis, cuñado de Santerre, Lepeintre, y Sergent, presidentes de seccion: Duplein, Lenfant, Lefort, Jourdeuil, Desforgues, Guerneur, Leclere y Dufort, hombres dignos de ser los colegas de Marat y los ejecutores de Danton. Mehée, secretario actuario Manuel, procurador del ayuntamiento, Billaud-Varennes, su sustituto, Collot de Herbois, Fabre de Eglantine, Tallien, secretario del consejo general, y Huguenin presidente, Hebert y algunos otros de los gefes del ayuntamiento, sea que hubiese aprobado, combatido ó tolerado la resolucion, la conocieron anticipadamente. Algunos actos y documentos irrecusables justifican que para esta convulsion popular, predicha y aceptada, si no provocada por Dan-

ten, todo fué premeditado y preparado con anticipacion, los ejecutores, las victimas y hasta los sepuleros.

El misterio ha cubierto las deliberaciones de este conciliábulo: solo se sabe que Danton, haciendo cierta señal, dijo, con una voz áspera y desentonada: «Es preciso atemorizar á los realistas.» Andando el tiempo el mismo dió testimonio contra sí, de haber sido el autor de aquella jornada cuando respondiendo á los girondinos que le acusaban de los asesinatos del 2 de setiembre, les dijo: «He mirado el crimen de frente, y, sin embargo, le he cometido.»

XXI.

Antes de media noche se avisó á Maillard, jefe de las hordas del 6 de octubre, para que reuniese su milicia de sicarios para una expedicion próxima, cuya hora y victimas se le designarian mas tarde, prometiéndole un tanto por cabeza. Tambien se le encargó que tuviese preparados los carros necesarios para trasportar los cadáveres.

En fin, dos agentes de la comision de vigilancia se presentaron el 28 de agosto á las seis de la mañana en casa del sepulturero de la parroquia de Santiago, y le obligaron á coger el azadon y seguirlos. Al llegar al sitio de las canteras que se estienden fuera de la barrera de Santiago, y que algunas habian servido de catacumbas en la época de la mudanza reciente de los cementerios de París, los dos desconocidos desplegaron un plano y se orientaron de la disposicion de este campo de la muerte. Reconocieron por algunas señales que habia en el suelo, y marcadas en el plano, el sitio de aquellos subterráneos cegados: marcaron ellos mismos con la azada la línea circular de un espacio de seis pies de diá-

metro, en donde el sepulturero debia cavar para encontrar la boca del pozo que bajaba á aquellos abismos, y le recomendaron que tuviese cuidado de que la obra estuviese concluida al cuarto dia, retirándose imponiéndole silencio sobre todo esto, y entregándole antes la suma necesaria para pagar á los trabajadores.

No se guardó sino imperfectamente el que cubria estos funestos preparativos. Un rumor sordo, circulando en las cárceles, hizo presentir á las victimas la suerte que les aguardaba. Los carceleros y encargados de las llaves tuvieron avisos misteriosos.

Danton, cruel en globo y capaz de tener compasion en algunas pequenezes, cediendo á las súplicas de la amistad y á los propios movimientos de su corazon, hizo poner en libertad el dia anterior algunos presos, cuya suerte le interesaba. Ordenando el erimen por ferocidad de sistema y no por ferocidad natural, parecia tener á dicha el salvar algunas victimas. Mr. de Marguerie, oficial superior de la guardia constitucional del rey, el abate Lhomond, célebre gramático, y algunos pobres sacerdotes de las escuelas cristianas, que habian cuidado de la educacion de Danton, le debieron la vida. Marat, por órden del ministro, hizo salir á estos presos, poniendo por sí mismo cierto número de ellos al abrigo del golpe que se les preparaba. El corazon del hombre nunca es tan inflexible como sus pasiones. La amistad de Manuel salvó á Beaumarchais, autor de la comedia titulada *Figaro*, que es el prólogo de una revolucion empezada por la risa y concluida por el hacha. Manuel fué en persona á la cárcel de los Carmelitas á poner un centinela á la puerta de cuatro religiosos de aquella casa, á quienes se acordó dejar con vida. Solo estos ancianos sobrevivieron; Manuel no los conocia, pero juzgó que derramar su sangre era inútil, y se les perdonó.

El abate Berardier, encargado principal del colegio de Luis el Grande, con quien Robespierre y Camilo Des-

moulins habian estudiado, recibió un salvo-conducto por una mano deseonocida el día de la matanza. Estos preparativos, estas advertencias y estas escepciones prueban la premeditacion. Dueño Camilo de todas las palpitaciones del pensamiento de Danton, no podia ignorar el plan de degüello que se organizaba. Tampoco era posible que Santerre, comandante general de los guardias nacionales y cuya inaccion era necesaria durante tres días para la perpetracion de tanto asesinato, no tuviera alguna indicacion de él por Danton. Sabiéndolo Santerre, Petion tampoco podia ignorarlo: el comandante de la fuerza civil dependia del corregidor de Paris. Las medias palabras, las confidencias equivocadas y los signos de inteligencia entre los conjurados que se sentaban, deliberaban y obraban casi abiertamente, enfrente los unos de los otros en un consejo de ciento noventa miembros, no podian ocultársele á Petion.

XXII.

Los partes de la policia municipal, recibidos de hora en hora en el corregimiento, no dejaban duda sobre las cosas, los hombres y las armas que se disponian para el acontecimiento. ¿En qué consistió que siendo conocido éste en las cárceles, se ignorase en la casa de la ciudad? Verificado el acto todo el mundo se sinceró con verdad ó sin ella de haber tenido parte en el degüello. Despues de haberlo atribuido por mucho tiempo á un movimiento imprevisto é irresistible de la ira del pueblo, se ha querido achacar el crimen á un corto número de ejecutores; pero la historia no tiene complacencias. El pensamiento pertenece á Marat, la aceptacion y la responsabilidad á Danton, la ejecucion al consejo de vigilancia, la complicidad á muchos, y la cobarde tolerancia á casi todos. Los

mas valientes, conociendo su insuficiencia para detener los asesinatos, fingieron ignorarlos, para no tener que aprobarlos ni prevenirlos. Se apartaron, gimieron y callaron. Para la guardia nacional, la Asamblea y el consejo general del ayuntamiento fué un crimen de omision maliciosa. Apartaron los ojos de él mientras se cometia, no lo execraron públicamente hasta despues de cometerse. En el alma de Marat no fué sino una gran sed de sangre, y el remedio supremo para concluir con la sociedad, que quiso esterminar para que surgiese luego otra nueva, segun sus sueños: en el espíritu de Danton, este degüello en masa fué un golpe de Estado de su politica. Danton discurría sobre su crimen antes de ordenarlo: para él tan fácil era cometerlo como impedirlo, pero se disminuyó á sí propio su atrocidad. «Nosotros no asesinaremos, dijo en su última conferencia con el consejo de vigilancia, no haremos mas que juzgar; ningun inocente perecerá.» Danton quiso tres cosas: la primera conmover el pueblo, y comprometerlo de tal suerte en la revolucion, que no pudiese retroceder y que se precipitase en las fronteras manchado con la sangre de los realistas, sin otra esperanza que la victoria ó la muerte; la segunda inspirar el terror en las almas de los realistas, de los aristócratas y del clero, y la tercera, en fin, intimidar á los girondinos que empezaban á murmurar de la tirania del ayuntamiento, y mostrar á aquellas almas débiles que si no se hacian instrumentos del pueblo, podrian muy bien ser sus víctimas.

Danton fué impulsado al asesinato por una causa mas personal y menos teórica por su carácter. Tenia la reputacion de la energía, y solo tuvo de ella el orgullo: quiso desplegarla en una medida que aturdiere á sus amigos y á sus enemigos: tomó el crimen por el genio; despreció á los que se detenian ante cualquier obstaculo, aun cuando fuese el asesinato en masa; se admiró con desden de sus remordimientos; consintió en ser el fenómeno de la ira

revolucionaria; se envaneció de sus maldades; creyó que su accion, justificándose por la intencion y por el tiempo, perderia algo de la atrocidad de su carácter; que su nombre se engrandeceria al ponerlo en parangon con los demas; y finalmente, que seria por solo este hecho el coloso de la revolucion. Pero se engañaba. Cuanto mas se alejan los crímenes políticos de las pasiones que los hacen cometer, tanto mas se rebajan y pierden á los ojos de la posteridad. La historia es la conciencia del género humano, y en el grito de esta conciencia se ve la condenacion de Danton. Se ha dicho que él salvó á la patria y á la revolucion con sus asesinatos, y que nuestras victorias son su excusa. Los que lo dicen, se engañan, como él se engañó. Un pueblo, á quien hubiera habido necesidad de embriagarle de sangre para impulsarlo á defender su patria, seria un pueblo de malvados, y no un pueblo de héroes. El heroismo es lo contrario del asesinato. En cuanto á la revolucion, su prestigio estaba en su justicia y en su moralidad. Esta mortandad iba á mancharla á los ojos de Europa. La Europa exhalaria un grito de horror, pero el horror no es el respeto. No se sirve bien á las causas cuando se las deshonra.

LIBRO VEINTE Y CINCO.

Incomunicacion de Paris con el exterior.— Visitas domiciliarias.— Los sospechosos en las cárceles.— Danton se prepara para el acontecimiento.— Robespierre deja marchar á la revolucion.— Saint-Just y Robespierre.— El 2 de setiembre.— Degüello en las cárceles.— Los suizos.— El baron de Reding.— Los guardias del rey.— Mr. de Montmorin.— Mr. de Sombreuil y su hija.— Cazote y su hija.— Thierri.— Los señores de Maille y de Rohan-Chabot.— El jóven Montsbray.— El arzobispo de Arlés.— La princesa de Lamballe.— El negro Delorme.

I.

Apenas salió Danton de la comision secreta del ayuntamiento, cuando la ciudad, advertida por la llamada de las cajas, se detuvo de pronto como una ciudad muerta en la cual una catástrofe repentina hubiese dispersado á todos sus habitantes. Aunque el sol puro del estío iluminaba las copas de los árboles de las Tullerías, del Luxemburgo, de los Campos Eliseos y de los baluartes, los paseos, las plazas y las calles estaban enteramente desiertas. El sordo rodar de los carruages, señal de la vida de las ciudades y especie de murmullo de las corrientes de hombres, había cesado. No se oía mas que el golpeo